

Análisis

La era Chrétien

DOI: 10.32870/mycp.v6i19.196

Arturo Santa Cruz*

Una época termina en Canadá. Después de diez años como primer ministro, Jean Chrétien se retira. Con la partida del “pequeño muchacho de Shawinigan” (como el veterano político gusta ser llamado), también llega a su fin una década de conducción pragmática, aunque con un sello distintivamente liberal, en el gobierno canadiense. A continuación, un breve esbozo de la trayectoria del político quebequense y de la Era Chrétien.

Joseph Jacques Jean Chrétien nació el 11 de enero de 1934 en Shawinigan, Quebec. A pesar de los malos augurios que la alta tasa de mortalidad familiar pronosticaba, Jean fue el octavo de los nueve sobrevivientes de los 19 descendientes que tuvo la pareja formada por el serrador Wellie Chrétien y la ama de casa Marie Boisvert-Chrétien. El futuro primer ministro estudió derecho en la Universidad de Laval, y en 1963 obtuvo un escaño para la Cámara de los Comunes por Saint-Maurice Laflèche. Dos años más tarde ganó su primera reelección e inició así su larga actividad en cargos ministeriales a mediados de los años sesenta, en el gobierno liberal de Lester Bowles Pearson.

Pero es a partir de 1968, cuando entra al gabinete de quien sería su mentor político y del que se convertiría en mano derecha, Pierre Elliot Trudeau, que Chrétien prácticamente pasa a formar parte del paisaje político canadiense de las siguientes cuatro décadas. Con Trudeau ocupó de 1968 a 1974 el Ministerio

de Asuntos Indígenas; después fue designado presidente del Consejo del Tesoro, ministro de Industria y Comercio, ministro de Finanzas, ministro de Justicia, procurador general, ministro de Desarrollo Social, ministro responsable de las Negociaciones de la Reforma Constitucional de 1982, ministro de Energía, Minas y Recursos Naturales —todo eso, vale reiterar, bajo las legislaturas Trudeau—. Después sería brevemente viceprimer ministro y ministro de Asuntos Exteriores.

En febrero de 1986, más de un año después de la derrota del Partido Liberal por parte del Partido Conservador Progresista de Brian Mulroney en 1984, Chrétien se retira a la práctica privada de su profesión. En junio de 1990, sin embargo, es elegido líder del Partido Liberal. Medio año después, tras salir electo para el Parlamento una vez más, toma posesión como líder de la oposición en la Cámara.

Las elecciones de octubre de 1993 serían la culminación del exitoso retorno de Chrétien a la política nacional. En ellas los liberales ganaron 177 de los 295 escaños, contra dos del hasta entonces gobernante Partido Conservador Progresista, el cual prácticamente desapareció de la escena parlamentaria (aunque el Partido Reforma, un desprendimiento de aquél, obtuvo 52 escaños). A partir de entonces inició propiamente la era Chrétien. Pero, como se deduce de lo señalado más arriba, Chrétien (y por tanto su era y su legado) no pueden entenderse sin considerar el “factor Trudeau”. Como su mentor político, Chrétien no es sólo francófono, sino también partidario de una

* Investigador del Departamento de Estudios del Pacífico de la Universidad de Guadalajara.

fuerte confederación sustentada en una sociedad multicultural y multilingüística, y en un solidario estado benefactor.

El pequeño muchacho de Shawinigan tomó posesión como primer ministro el 4 de noviembre de 1993. En su campaña había prometido renegociar el Tratado de Libre Comercio Canadá-Estados Unidos, en vigor desde 1988 y obra de su rival, el primer ministro Mulroney (quien lo había negociado con el presidente estadounidense Ronald Reagan); la entonces muy probable extensión del tratado al sur del río Bravo, para incluir a México, incrementaba la expectativa popular de que lo que hasta entonces se manifestaba como un fiasco para la economía canadiense se agravara aún más (en los últimos tres años la economía prácticamente no había crecido).

Pero luego vino la buena fortuna, y las responsabilidades del poder. Ya como primer ministro, Chrétien convivió con la pujante economía estadounidense de los años de Clinton, en la cual se proclamaría el fin del ciclo económico y el advenimiento —aunque después resultó estar envuelto en una burbuja de *puntos com*— de la “nueva economía”. Así, el crecimiento sostenido de su vecino del sur le acarreó a Canadá significativos beneficios económicos, pues hay que recordar que ninguna otra relación bilateral conlleva tanto comercio como la de estos dos países (alrededor de 700 mil millones de dólares en la actualidad). Ésa fue la suerte de Chrétien. Ya como jefe de gobierno Chrétien tuvo que amoldar su discurso reformista a los compromisos que el ejercicio del poder implica. Como él mismo lo escribió en sus memorias de 1985: “Nunca he sido doctrinario respecto a temas dados. Ésa es una de las grandes ventajas de ser liberal: puedes basar tus decisiones en las circunstancias sin preocuparte por tu imagen pública establecida”.

Así pues, el primer gobierno de Chrétien se abocó a sanear las finanzas nacionales, sin poner en peligro los programas sociales. Esto era clave para el nuevo primer ministro, porque la generosa seguridad social canadiense,

de corte europeo, es en buena medida la que provee de identidad a los canadienses en general y a su Partido Liberal en particular. En 1997, por primera vez en 30 años, el presupuesto gubernamental no tuvo un déficit, y en los años subsiguientes tuvo incluso un superávit. En las elecciones del 2 de junio de ese año, el Partido Liberal consiguió 155 de los ahora 301 asientos de la Cámara Baja (aunque la derecha en su conjunto se recuperó: los conservadores renacieron, conquistando 20 asientos en el Parlamento, mientras que los reformistas vieron incrementada su representación en ocho escaños, llegando a los 60). Todo iba viento en popa para el político quebequense.

Dos años más tarde, el halagüeño panorama continuaba: el crecimiento de la economía canadiense alcanzaba los 4.2 puntos porcentuales, la inflación estaba por debajo del 2%, el superávit fiscal era de alrededor del 3%, y la tasa de desempleo de 6.8% (baja para los estándares canadienses). Para efectos del destino político de Chrétien, a la prosperidad económica de su país había que agregar la fragmentación de las fuerzas políticas de derecha. Si bien Alianza Canadiense (como se rebautizó el Partido Reforma) había sucedido al Partido Conservador Progresista como la fuerza aglutinadora de la derecha, se hallaba lejos de constituirse en una amenaza para la hegemonía liberal. El primer ministro decidió una vez más llamar a elecciones anticipadas y el 27 de noviembre obtuvo otro contundente triunfo en las urnas. Su partido consiguió 172 escaños (en tanto que el Conservador Progresista recibió doce y Alianza Canadiense, 66).

La tercera victoria de Chrétien fue un acontecimiento formidable: la última vez que tal cosa había sucedido fue con el también liberal William Mackenzie, quien fuera primer ministro de 1935 a 1948. No obstante, a partir de entonces las cosas se le empezaron a complicar al pequeño muchacho de Shawinigan. No que todo hubiera sido miel sobre hojuelas los siete años anteriores, pero Chrétien había podido salir airoso gracias en parte al efecto locomotora que la bonanza de su vecino del sur tenía sobre su economía, a la buena relación

con su homólogo estadounidense y a su indisputable liderazgo al interior de su partido. Después del año 2000, sin embargo, la situación cambió en forma drástica para el primer ministro.

En el frente externo resultó que la “nueva economía” estaba fincada en buena medida sobre “expectativas exuberantes” (Alan Greenspan *dixit*) —en verdad no el mejor insumo para el cálculo económico. La locomotora estadounidense prácticamente se detuvo, con los consiguientes efectos predecibles para la economía canadiense: en 2001 la tasa de crecimiento se redujo a la tercera parte de lo que había sido el año anterior y el desempleo volvió a crecer, llegando al 7.2%. En lo que parecía haber sido un presagio de esta adversa situación, en diciembre de 2000 George W. Bush se alzó con la mayoría en el colegio electoral tras el fiasco de Florida. Esto parecía ser la némesis del político quebequense, quien abiertamente había apostado por la candidatura de Al Gore. No fue pues simple casualidad que, rompiendo la tradición, después de su elección el texano no haya concedido su primera visita a su vecino del norte, sino al del sur. La mala química entre Bush y Chrétien —y con ella el distanciamiento entre los dos países— sólo se ha hecho más evidente con el tiempo.

Por último, en el plano interno surgieron algunos escándalos en torno al primer ministro: por ejemplo, Chrétien se vio forzado a admitir que había intervenido el Banco Federal para el Desarrollo de las Empresas a favor de amigos (en cuyas empresas Chrétien mismo pudiera tener intereses). Aunque se va en lo que en general son buenos tiempos para Canadá, es también indudable que al todavía jefe de gobierno se le está haciendo a un lado por presiones en innumerables frentes. La más importante de ellas sin duda tiene que ver con su ex ministro de finanzas, Paul Martin. La rivalidad entre ambos data de tiempo atrás, al menos de 1990, cuando compitieron en una elección poco amistosa por el liderazgo del Partido Liberal. La rivalidad creció en buena medida como resultado del éxito: para muchos

el verdadero artífice del milagro fiscal de las legislaturas de Chrétien era Martin. La sombra de Martin llegó a ser tal que Chrétien optó por destituirlo de su cargo en el verano de 2002. Pero para entonces los cuestionamientos a su liderazgo ya eran legión, por lo que el primer ministro, conocido por ser un político cauteloso y pragmático, anunció su retiro en agosto de ese mismo año. Sin embargo, para dejar claro que el jefe seguía siendo él, trazó un largo itinerario para su partida: febrero de 2004.

Mucho se ha especulado sobre los motivos de la prolongada despedida de Chrétien. Por ejemplo, que su intención es debilitar a su (virtual) sucesor, Martin. Cuando Chrétien lo despidió el año pasado, al parecer abrigaba la esperanza de que su ex colaborador simplemente desaparecería de la escena política. Sin embargo, Martin inició su campaña en mayo de 2003, acompañado por más de 100 miembros del parlamento, incluyendo a quince del gabinete. La animosidad existente entre los dos correligionarios no tiene precedentes. En la elección de septiembre para delegados a la Convención Liberal del 15 de noviembre, Martin obtuvo una victoria arrasadora (aproximadamente ocho a uno) sobre su única contrincante, la ministro de Patrimonio, Shelia Copps. De esta manera, el ex ministro tiene asegurado el liderazgo de su partido a partir de noviembre; lo que crea no sólo una dualidad en el mando, sino también una especie de vacío de poder, pues Chrétien insiste en que no se irá antes de febrero (se espera que el nuevo primer ministro llame a elecciones generales unos meses después).

Al margen de la rivalidad entre estos dos políticos, y de la buena fortuna de que gozó Chrétien durante sus primeros siete años de gobierno, parece que éste deja una impronta notable, si bien no de la trascendencia que él hubiera deseado, en al menos cuatro áreas: la permanencia en la confederación de su provincia natal, los derechos de las “primeras naciones”, las uniones entre parejas del mismo sexo y la política exterior.

Con relación a Quebec, Chrétien nunca ha sido proclive a las aspiraciones separatistas de la provincia francoparlante. Así, ya en el referéndum de 1980 hizo campaña al lado de los federalistas. No es de sorprender entonces que el primer ministro nunca haya sido particularmente popular allí (aunque sí lo es entre los canadienses no francófonos de la provincia). La mayor prueba para Chrétien vino quince años más tarde. A diferencia de la cómoda victoria del referéndum anterior, en éste el margen a favor de la causa federalista fue mínimo. El separatista Partido Quebequés perdió con el 49.4% de los votos (apenas 1.2 puntos debajo de los federalistas) el referéndum del 30 de octubre de 1995 sobre el inicio de las negociaciones con el gobierno federal para un tratado de asociación política y económica, el cual contemplaba incluso la declaración unilateral de la soberanía.

Después de esa estrechísima victoria, y a raíz de un pronunciamiento al respecto por parte de la Suprema Corte en agosto de 1998, el gobierno de Chrétien logró la aprobación parlamentaria de la Ley de Clarificación. La nueva legislación, aprobada en marzo de 2000, dificulta la secesión de Quebec, pues reserva al gobierno federal la redacción de la pregunta para un nuevo referéndum y, en caso de un triunfo de las fuerzas separatistas, la calificación *a posteriori* de los votos que validarían el resultado. Además, el eventual gobierno victorioso quebequense deberá negociar la separación con los demás gobiernos provinciales de la federación. Así, la cuestión de Quebec parece estar solventada por el momento.

En cuanto a las primeras naciones, el legado de Chrétien está en entredicho. En junio de 2002 su gobierno propuso una enmienda a la legislación sobre la relación entre el gobier-

no de Canadá y las "primeras naciones". Aunque la reforma sugerida tiene aspectos positivos, como una mayor igualdad de derechos entre los miembros de los grupos en cuestión, la manera en que se elaboró y gran parte de su contenido han originado una fuerte oposición por parte de la Asamblea de Primeras Naciones.

La propuesta gubernamental ya ha avanzado en la Cámara de los Comunes, aunque su aprobación todavía no es un hecho. En caso de serlo, y más allá de las bondades y defectos de la nueva legislación, el legado de Chrétien en esta área tendría consecuencias importantes.

En lo que se refiere a la tercera cuestión mencionada más arriba, las uniones homosexuales, el saliente primer ministro adoptó una posición progresista. Este año introdujo una legislación que permite el matrimonio entre personas del mismo

sexo, siguiendo una directiva de las cortes canadienses, las cuales habían considerado discriminatoria la definición heterosexual tradicional del matrimonio. La actitud del primer ministro es acorde no sólo con el ideario del Partido Liberal, sino que también expresa el sentir mayoritario de los canadienses. Sin embargo, debido a que la Suprema Corte emitirá su opinión al respecto antes de que la legislación propuesta sea votada en el Parlamento, lo más probable es que cuando Chrétien abandone su oficina en Ottawa, el matrimonio homosexual no esté todavía legalmente establecido.

Por último, en la política exterior el pequeño muchacho de Shawinigan ha sido consistente con la tradición de su partido, destacando algunos de sus aspectos. El multilateralismo es un buen ejemplo de ello. Canadá ha sido, por lo menos desde el fin de

Así, si bien el legado de [Trudeau] se asocia con algo tan fundamental para su país como la Constitución de 1982 (en cuya elaboración, por cierto, Chrétien tuvo un destacado papel), es todavía prematuro aventurar cuál será el legado de su discípulo

Análisis

la Segunda Guerra Mundial, uno de los más consistentes promotores de la causa multilateral. Pero durante los años de Chrétien, ésta ha dejado claramente de ser un instrumento de política exterior para convertirse en un fin. Algunos analistas incluso han llamado a este multilateralismo la “doctrina Chrétien”. De ahí que no sea de extrañar que cuando los impulsos unilateralistas de su vecino del sur se acentuaron sensiblemente con la llegada de Bush hijo a la Casa Blanca, la política exterior canadiense haya entrado en colisión con la estadounidense. Este choque se hizo evidente a fines de 2002 y principios de 2003 en el caso de la guerra de Irak. Canadá abogaba por otorgarle más tiempo a los inspectores de las Naciones Unidas. Sin embargo, una vez que había iniciado la guerra, y en un ánimo conciliatorio, siendo el político pragmático que es, Chrétien expresó sus deseos de una “victoria [estadounidense] rápida”.

Es evidente que esa expresión fue mera cortesía. El fondo de la política exterior canadiense ha sido significativamente distinto al de Washington, por lo menos desde 2001. En la arena internacional, las legislaturas Chrétien han propugnado de manera consistente los derechos humanos y el desarme. En

este sentido, la firma en Ottawa, el 4 de diciembre de 1997, del Tratado de Prohibición de Minas Antipersonales por parte de 125 países fue una victoria del político francófono. Asimismo, durante su mandato su país fue anfitrión de importantes reuniones internacionales, entre las que destacan la cumbre del foro de Cooperación Económica Asia Pacífico (APEC), la cual se realizó en Vancouver el 24 y 25 de noviembre de 1997, y la xxx Asamblea General de la Organización de Estados Americanos, en Windsor en junio de 2000.

La política exterior de Chrétien destacó también en el estrechamiento de la relación con Cuba, país que visitó en abril de 1998. Significativamente, el último primer ministro canadiense que había hecho lo propio fue Trudeau, en enero de 1976. Así pues, si bien el legado de este último se asocia con algo tan fundamental para su país como la Constitución de 1982 (en cuya elaboración, por cierto, Chrétien tuvo un destacado papel), es todavía prematuro aventurar cuál será el legado de su discípulo. Aunque por lo pronto un hecho sí es seguro: haber ganado tres elecciones consecutivas es una marca por la que el pequeño muchacho de Shawinigan será recordado en el futuro. 